

Todo lo que somos juntos

Alice Kellen

Todo lo que somos juntos

Bilología Deja que ocurra 2

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2019, Alice Kellen

Autora representada por Editabundo Agencia Literaria, S. L.

© 2019, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España.

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-20538-8

Primera edición en formato epub en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7075-3

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7073-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Aún tenía los ojos cerrados cuando sentí sus labios deslizándose por la curva de mi hombro, antes de bajar un poco más y dejar un reguero de besos al lado del ombligo; besos dulces y delicados, de esos que te hacen estremecer. Sonreí. Y luego la sonrisa desapareció cuando noté su aliento cálido cerca de las costillas. Cerca de él. De las palabras que un día Axel trazó con sus dedos en mi piel, ese «Let it be» que llevaba tatuado.

Me removí inquieta antes de abrir los ojos. Apoyé una mano en su mejilla y lo jalé hasta que su boca encajó con la mía y una sensación de calma me inundó. Nos quitamos la ropa en el silencio de aquella mañana tranquila y soleada de un sábado cualquiera. Lo abracé cuando se deslizó dentro de mí. Lento. Profundo. Fácil. Arqueé la espalda cuando necesité más, ese empuje final duro e intenso. No lo encontré. Colé una mano entre nosotros y me acaricié con los dedos. Nos vinimos al mismo tiempo. Yo respirando agitada. Él gimiendo mi nombre.

Se apartó a un lado y me quedé mirando el techo blanco y liso de la habitación. No pasó mucho tiempo antes de que me incorporara en la cama y él me sujetara de la muñeca.

—¿Ya te vas? —Tenía la voz suave.

—Sí, tengo muchas cosas que hacer.

Me levanté y fui descalza hasta la silla en la que había dejado tirada mi ropa la noche anterior. Mientras me vestía, Landon me miraba, aún acostado entre las sábanas, con las manos tras la nuca. Me ajusté el cinturón fino de la falda antes de ponerme la blusa de tirantes por la cabeza. Me colgué del hombro el maletín que mi hermano me había regalado por Navidad y terminé haciéndome una coleta de camino a la puerta.

—Eh, espera. Un beso antes de irte, ¿no?

Me acerqué a la cama sonriendo y me incliné para besarlo. Me acaricié la mejilla con ternura antes de suspirar satisfecho.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó.

—No puedo, estaré en el estudio hasta tarde.

—Pero es sábado —insistió—. Vamos, Leah.

—Lo siento. ¿Cenamos mañana?

—De acuerdo.

—Yo te llamo.

Bajé por las escaleras del edificio. La luz del día me recibió templada bajo el cielo grisáceo. Saqué los audífonos del maletín mientras caminaba, tomé una paleta y me la llevé a la boca. Crucé corriendo por un paso de peatones justo cuando el semáforo estaba a punto de cambiar a rojo y atravesé un parque salpicado de flores que me servía de atajo hasta mi estudio.

En realidad, no era mío, no completamente.

Pero había trabajado duro durante aquellos años de universidad para conseguir una beca que me permitía disponer de un pequeño espacio para mí.

Cuando llegué, el olor a pintura lo envolvía todo. Dejé mis utensilios encima de un sillón redondo y tomé la bata que estaba colgada tras la puerta. Mientras me la anudaba, fui acercándome al cuadro que presidía la vieja buhardilla.

Me estremecí al contemplar los trazos delicados de la curvatura de las olas, las salpicaduras de espuma y la luz iridiscente del sol que parecía resbalar por la tela. Tomé la paleta de madera y mezclé algunos colores mientras seguía mirando de reojo aquel lienzo que parecía desafiarme de algún modo retorcido. Alcé el pincel y noté que me temblaba la mano cuando los recuerdos se desbordaron. Se me revolvió el estómago al recordar la noche que tuve que ir corriendo allí porque de repente necesité pintar aquel tramo de playa que conocía tan bien, a pesar de que hacía ya tres años que no lo pisaba...

Tres años sin ese trozo de mar, diferente de los demás.

Tres años en los que yo había cambiado mucho.

Tres años sin verlo. Tres años sin Axel.

Me deslicé por la pared de la ola bajo el sol tenue del amanecer antes de caer al agua. Cerré los ojos mientras me hundía y los sonidos del mundo exterior se volvieron lejanos. Me impulsé hacia arriba cuando noté que me ahogaba. Con esfuerzo, pude sujetarme a la tabla de surf. Inspiré hondo. Una y otra vez. Pero ninguna de esas bocanadas de aire me llenó por dentro. Me quedé allí, flotando en la soledad de mi mar, contemplando el rastro de espuma y la luz moteada que brillaba entre las olas mientras me preguntaba cuándo volvería a respirar.

Llevaba toda la semana trabajando sin descanso. A veces me asustaba al pensar que ni siquiera era eso, trabajo, sino más bien necesidad, o una mezcla de ambas cosas. La pintura era el motor de mi vida, la razón por la que me había mantenido en pie, fuerte, llena de cosas que plasmar y volcar. Recuerdo el día que Axel me preguntó cómo conseguía hacerlo y yo le respondí que no lo sabía, que simplemente lo hacía. Si me hubiera hecho esa pregunta tiempo después..., no le habría contestado lo mismo. Le habría confesado que era mi válvula de escape. Que lo que no sabía expresar con palabras lo transmitía con colores y formas y texturas. Que era más mío y solo mío que ninguna otra cosa en el mundo.

Si no hubiera sido mi cumpleaños, aquella noche me habría quedado pintando en mi pequeña buhardilla hasta las tantas de la madrugada, como hacía a menudo los fines de semana, pero mis amigos de la universidad se habían empeñado en prepararme una fiesta y yo no podía negarme a ir. Me vestí mientras recordaba la llamada de Blair unas horas atrás para felicitarme y, de paso, darme la noticia de que el bebé que esperaba con Kevin iba a ser un niño. Era el mejor regalo que iba a recibir ese día, sin duda.

Me acerqué al espejo para hacerme una trenza. Llevaba el pelo tan largo que ya casi nunca me lo dejaba suelto; había pensado en cortármelo varias veces, pero la melena me recordaba a esos días en los que caminaba descalza y vivía en una casa alejada del resto del mundo, días en los que no me preocupaba demasiado la idea de peinarme o no. Hasta en eso había cambiado. La forma de vestir, más cuidada. Intentaba controlarme cuando sentía algún tipo de impulso jalándome, porque había aprendido que los estímulos

no siempre conducen por los caminos adecuados. Me esforzaba por ser más sosegada, pensaba las cosas antes de lanzarme al vacío y me molestaba en sopesar las consecuencias.

El teléfono sonó otra vez. Como siempre, mi corazón pareció saltarse un latido al ver ese apellido en la pantalla: Georgia Nguyen. Tomé aire antes de descolgar.

—¡Feliz cumpleaños, cielo! —exclamó ella—. Veintitrés años ya. No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo, si parece que fue ayer cuando te tomaba en brazos y te paseaba por el jardín para que dejaras de llorar.

Me senté en el borde de la cama y sonreí.

—Gracias por llamar. ¿Cómo están ustedes?

—A punto de tomar un avión, en la zona de embarque. —Se echó a reír como una niña porque, al parecer, su marido estaba intentando hacerle cosquillas para quitarle el teléfono—. ¡No seas pesado, Daniël, ahora te la paso! Lo que te decía, cielo, que estamos en el aeropuerto de San Francisco y en una hora sale nuestro vuelo a Punta Cana.

—Vaya ruta están haciendo. Y qué envidia.

—Te llamo en unos días para hablar con más calma y sin interrupciones.

—No te preocupes, deja que hable Daniël.

—¡Feliz cumpleaños, Leah! —exclamó él de inmediato—. ¿Vas a celebrarlo con tus colegas? Pásatela bien. Disfruta.

—Gracias, Daniël. Intentaré hacerlo.

Colgué y me quedé unos segundos mirando la pantalla del teléfono con nostalgia, pensando en todas las felicitaciones que había recibido aquel día..., y también en las que no.

Era una tontería. Una de esas que de vez en cuando me azotaban porque, al final, el recuerdo de las personas permanece en detalles que parecen poca cosa, pero que terminan siendo los que de verdad importan. Axel siempre había sido una presencia importante en todos mis cumpleaños; la única persona que yo deseaba ver cuando llegaba el día de celebrarlo, el que me hacía los regalos que más me gustaban y el que formaba parte de mis deseos cuando soplaban las velas siendo apenas una niña.

Sentía que hacía una eternidad de aquello...

Volví a mirar el celular. No sé qué esperaba, pero no sonó.

Suspiré hondo y me levanté para acercarme al espejo alargado que seguía apoyado en la pared, exactamente en el mismo lugar en el que Oliver lo colocó casi tres años atrás, cuando lo compré por un impulso en una tienda cerca de mi residencia.

Me toqueteé distraída el extremo de la trenza, sin dejar de mirar mi reflejo. «Vas a estar bien —me repetí más por rutina que por otra cosa—; vas a estarlo.»

Ya había anochecido cuando salí a la calle para ir caminando al restaurante en el que habíamos quedado. Apenas había dado un par de pasos cuando él apareció.

—¿Qué haces aquí? —me reí.

—Quería acompañarte. —Landon me tendió la rosa que llevaba en la mano antes de darme un beso lento.

Miré la flor cuando se apartó y acaricié los pétalos, de un rojo escarlata. Me la llevé a la nariz para olerla mientras retomábamos el paso en silencio.

—Cuéntame qué hiciste hoy, ¿te rindió el día?

—Sí, estoy a punto de terminar un cuadro... —Tragué al recordar aquel trozo de mar tan mío, tan nuestro, y sacudí la cabeza—. No quiero aburrirte con eso. Háblame de ti.

Landon me detalló cómo le había ido la semana, lo mucho que había trabajado en el proyecto que estaba desarrollando para terminar su carrera empresarial, las ganas que había tenido de verme durante los últimos tres días en los que no habíamos encontrado un hueco libre, lo guapa que iba esa noche...

Caminamos más despacio cuando divisamos el restaurante.

—Espero que te guste tu fiesta sin sorpresa —bromeó, y luego se puso serio—. Vino todo el mundo. A veces, cuando te encierras tanto en ti misma y en esa buhardilla, me preocupo por ti, Leah. Quiero que disfrutes de esta noche.

Me enternecí ante sus palabras y lo abracé con fuerza.

Le prometí que lo haría.

Una sonrisa me cruzó la cara al traspasar el umbral del restaurante y ver a nuestros amigos levantándose de la mesa del fondo al tiempo que cantaban *Cumpleaños feliz*. Recibí apapachos y besos antes de sentarme junto a ellos. Habían venido casi todas las personas que formaban parte de mi vida en Brisbane: algunos compañeros de clase y Morgan y Lucy, las chicas a las que conocí el

primer mes en la residencia y de las que no me había separado desde entonces. Ellas fueron las primeras en tenderme su regalo.

Lo desarrollé con cuidado, nada que ver con la impaciencia que antaño me dominaba; quité la cinta adhesiva con la uña y doblé el papel antes de dar las gracias al encontrar material de dibujo, utensilios que sabían que necesitaba.

—Son increíbles y no tendrían que haber hecho...

—¡No vale llorar! —gritó Morgan de inmediato.

—Pero si yo no iba a...

—Te conocemos —me cortó Lucy.

Me eché a reír al ver su expresión.

—Está bien, ¡nada de lágrimas, solo diversión! —Dirigí la mirada hacia Landon, que sonreía satisfecho y me guiñó un ojo desde el otro lado de la mesa.

Cuando la fiesta terminó, eran las tantas de la madrugada y yo había bebido más de lo aconsejable teniendo en cuenta que mi hermano Oliver iba a venir a verme al día siguiente. Pero no me importó. Porque bajo las luces de aquel lugar en el que acabamos pidiendo algunas copas, me sentí bien, feliz, arropada entre los brazos de Landon y las risas de mis amigas. Dejé de pensar en los que ya no estaban, en la voz ronca de Axel felicitándome y en lo que me habría regalado aquel año en una realidad paralela en la que nosotros siguiéramos siendo las mismas personas que creyeron que jamás se alejarían.

Había tardado un tiempo en entenderlo, pero... la vida seguía. Axel no había sido el destino, tan solo el inicio de un tramo de camino que recorrimos juntos y de la mano antes de que él decidiera tomar un desvío.

Me tumbé en la cama borracha y la habitación parecía dar vueltas a mi alrededor. Abracé la almohada. Había épocas en las que apenas pensaba en Axel, ocupada entre las clases, las horas que pasaba en la buhardilla y las que estaba con Landon o las chicas, pero siempre regresaba. Él. Esa sensación de seguir llevándolo bajo la piel que cada vez me molestaba más. Los recuerdos desper-

taban en el momento menos esperado: al ver a un desconocido sujetando un cigarro entre el índice y el pulgar, por el olor del té, por una canción, un gesto tonto..., por cualquier detalle.

Recordé lo que guardaba en el primer cajón de mi mesita, pero aguanté las ganas de abrirlo y tomar ese objeto que había comprado en un mercadillo poco después de llegar a Brisbane.

Cerré los ojos con fuerza. Todo seguía dando vueltas.

Me pregunté qué estaría haciendo él en ese instante...

Le eché un último vistazo a la galería antes de salir y regresar a casa. Volví caminando, porque nunca tenía prisa por llegar, nadie me esperaba.

Aquel día me equivoqué.

Oliver estaba sentado en el escalón de la puerta.

Por alguna razón, me impactó tanto como la primera vez que lo vi ahí mismo cuatro meses atrás. Porque no me lo esperaba, claro, y porque..., carajo, porque me quedé sin aire al darme cuenta de lo mucho que lo había echado de menos durante aquellos años de ausencia.

Así que Oliver regresó una tarde cualquiera a mi vida, de golpe, tal como se fue.

Me quedé paralizado y tardé unos segundos en convencerme de que era real; estaba igual, como si nada hubiera cambiado. Me dirigió una mirada cohibida y, cuando abrí la puerta de mi casa y le pregunté si quería entrar, no dijo nada, sencillamente me siguió dentro. Tomó la cerveza que le tendí, salimos a la terraza y nos fumamos un cigarro en silencio. No sé cuánto tiempo estuvimos allí, si fueron horas o tan solo veinte minutos, estaba tan perdido en mis pensamientos que ni siquiera me percaté. Solo sé que, cuando se incorporó, me abrazó con rabia y con cariño a la vez, todo mezclado, y luego se fue sin despedirse.

Repetió aquello un par de veces más. Lo de aparecer por sorpresa en mi casa. Yo era consciente de que venía cuando iba a visitar a su hermana a Brisbane; de paso, siempre intentaba acercarse a estar un rato con mi familia. Durante los tres años que habían pasado desde la última vez que nos vimos, había seguido esa rutina sin molestarse en venir a saludarme a mí. Hasta tiempo después no supe qué fue lo

que un día lo hizo cambiar de opinión y llamar a mi puerta. Entonces no se lo pregunté. Tampoco volvimos a hablar jamás de Leah. Fue un acuerdo tácito entre los dos sin que hiciera falta comentar las normas, porque ambos conocíamos cuáles eran. Y empezamos a ser amigos de nuevo. Pero fue una amistad... distinta, porque cuando algo se rompe y vuelve a unirse, nunca queda perfecto, tal y como estaba, sino que aparecen grietas y bordes desiguales.

—No sabía que ibas a venir —dije la cuarta vez que me visitó.

—Yo tampoco. —Me siguió cuando entré en casa—. En realidad, no tenía días libres, pero pude hacer un cambio a última hora para...

«El cumpleaños de Leah.» Carajo. Cerré los ojos.

—¿Una cerveza? —lo interrumpí.

—Muy fría. Puto calor que hace.

—Normal, con esa ropa que llevas.

—Es lo que tiene no vivir como un ermitaño.

Negué con la cabeza tras echarles otro vistazo a sus pantalones oscuros y a esa camisa que seguía siendo calurosa incluso con las mangas subidas.

—¿Todo bien, Oliver? —Salimos a la terraza.

—Sí, ¿qué tal tú con la galería? —preguntó.

—No me quejo. Es entretenido. Diferente.

Hacía poco más de un año que había empezado a trabajar en esa pequeña galería de Byron Bay en la que un día muy lejano deseé exponer mi obra. Y que también estaba relacionada con una promesa. Pero no había aceptado el puesto por eso, más bien me decidí porque... no encontré ninguna razón para negarme. Tenía poco que hacer. Estaba aburrido. El silencio a veces resultaba demasiado abrumador. Y pensé que me vendría bien pasarme por allí para ayudar ocasionalmente, sin horarios.

No me equivoqué. Era una de las pocas decisiones acertadas que había tomado en los últimos tiempos. Seguía ilustrando, pero era más exigente con los encargos que aceptaba.

El requisito fundamental para que una galería funcione correctamente es tener un proyecto claro y sólido. Yo me había encargado de trazarlo, señalar qué tipo de arte y qué tipo de artistas íbamos a promocionar, algo que era, en esencia, la labor básica en la que se sustentaba aquel negocio. El dueño, Hans, era un empresario que se dejaba ver solo muy de vez en cuando y que me daba

libertad para hacer y deshacer a mi antojo, siempre apoyado en la gestión de Sam, que trabajaba la jornada completa.

Los primeros meses fueron duros, pero por fin teníamos un catálogo más definido, uniforme y coherente gracias a los vínculos que establecíamos entre los estilos de los artistas a los que representábamos. Yo me ocupaba de buscarlos y convencerlos para que formaran parte de nuestro proyecto, animándolos a que montaran una primera exposición en Byron Bay, y luego Sam se encargaba de mantener una relación más estrecha con ellos. A ella se le daba bien esa parte que los galeristas solían considerar «la poesía de su trabajo», quizá porque era una mujer dulce, madre de tres hijos y con una paciencia infinita, capaz de soportar el ego de cualquier artista engreído, algo que yo no estaba por la labor de tolerar. Sabía la magia que tenía aquel proceso para Sam: ver crecer a las promesas más jóvenes en las que habíamos confiado, estar en contacto habitual con los artistas y, sobre todo, visitar sus estudios.

A mí seguía costándome involucrarme de lleno.

Había algo..., algo que me retenía.

—¿A cuántos artistas llevas ahora? —Oliver me miró con curiosidad mientras jugueteaba con el borde de la etiqueta de la cerveza.

—¿Yo? —alcé las cejas—. A ninguno.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Los lleva Sam. Yo solo los encuentro y los atraigo a la galería.

Nos quedamos callados mientras el sol caía tras el horizonte. Volver a tener a Oliver en mi vida me daba una falsa sensación de normalidad, porque todo era distinto, claro. O quizá era yo, que había cambiado mucho desde aquellos años universitarios en los que éramos inseparables. Seguía siendo una de las personas a las que más apreciaba, pero tenía la sensación de que poco a poco habíamos ido colocando ladrillos hasta levantar una pared entre nosotros. Peor aún. Que hablábamos a través de esa pared. Y que empezamos a hacerlo incluso antes de mi relación con su hermana. Esa certeza de saber que la otra persona te escucha y asiente, pero que no te entiende del todo, no porque no quiera, sino porque no puede. Y yo odiaba palpar esa incompreensión en el ambiente cuando hablábamos, porque me recordaba que la única persona que sentía que me había visto del todo, capa a capa, pedazo a pedazo, era una chica que sabía a fresa y a la que echaba tanto de menos...

Me puse bastante nerviosa cuando la profesora Linda Martin me llamó al terminar la clase para concertar una hora de tutoría conmigo. Así que mientras aguardaba en la sala de espera, no podía dejar de mordisquearme la uña del meñique. Ella abrió la puerta de su oficina un minuto después de la hora acordada y me sonrió. Eso me relajó un poco. Me había volcado tanto en los estudios que me aterrorizaba la idea de haber cometido algún error en el último examen, haber bajado la media o decepcionar a alguien.

Ella ocupó su silla en cuanto me acomodé al otro lado de la mesa. Me mordí el labio para intentar contenerme, pero fue en vano.

—¿Qué es lo que he hecho? —solté inesperadamente.

Odiaba esa parte de mí. La impulsiva. La que me impedía gestionar bien las emociones, controlarlas y digerirlas poco a poco. Ese lado un tanto oculto que tiempo atrás me hizo desnudarme una noche cualquiera delante de él, preguntándole por qué nunca se había fijado en mí. Por alguna razón, aquel recuerdo me asaltaba con frecuencia.

—No has hecho nada, Leah. O sí. Has hecho mucho y muy bien. —Abrió una carpeta que estaba encima de la mesa. Sacó algunas fotografías en las que se veían obras mías—. Te recomendé para la exposición que se celebrará dentro de un mes en Red Hill. Creo que serías la candidata perfecta, porque encajas con el perfil.

—¿Lo dice en serio? —parpadeé para no llorar.

—Será una gran oportunidad. Te lo has ganado.

—Es..., no sé qué decir, señorita Martin.

—Un «gracias» bastará. Solo serán tres obras, pero es perfecto porque la exposición atraerá a bastantes visitantes. ¿Qué te parece?

—¡Me parece que voy a gritar de la emoción!

Linda Martin se echó a reír y, tras comentar por encima algunos detalles, yo le di las gracias un millón de veces mientras me ponía en pie y tomaba mi maletín. Cuando salí de la facultad, alcé la vista al cielo y respiré hondo. El viento era cálido y agradable. Pensé en mis padres, en lo orgullosos que estarían, en lo mucho que me habría gustado compartir ese éxito con ellos..., y luego busqué rápidamente el celular entre todos los utensilios que llevaba en el bolsillo pequeño de la cartera y marqué el número de Oliver. Esperé impaciente hasta que contestó al quinto tono.

—¿Estás sentado? —pregunté excitada.

—Esto..., sí, bueno, en la cama. Acostado. ¿Te sirve?

—Oh, carajo, ¡no me digas que estabas con Bega!

—Va, suelta lo que ibas a contarme.

—Me seleccionaron..., voy a exponer... —Tomé aire—. Solo tres obras, pero es...

—Carajo, Leah. —Hubo unos segundos de silencio y supe que mi hermano se había emocionado. Y que se levantaba de la cama, porque oí sus pasos antes de que recuperara el aliento—: No tienes ni idea de lo orgulloso que estoy de ti. Enhorabuena, enana.

—Todo es gracias a ti... —susurré.

Ya aun que él lo negó, sabía que era cierto.

Cuando todo se rompió tres años atrás, había estado unas semanas enfadada con mi hermano, casi sin dirigirle una palabra. Así me comporté al principio, antes de comprender que él no tuvo la culpa. Oliver no tomó la decisión. Oliver no lo arruinó todo. Oliver no eligió qué camino recorrer.

Pero por aquel entonces no quería verlo. No quería admitir que Axel se desbordaba cada vez que algo resultaba excesivo para él, que a la mínima complicación tomaba un desvío y dejaba encima del armario las cosas que no podía controlar, que nunca terminaba de implicarse con nada ni nadie del todo.

Y quizá la culpa fue mía, por idealizarlo.

Axel no era ideal. Como él mismo me había enseñado, había partes feas, de esas que todos deseamos rascar y pulir hasta hacerlas desaparecer. También zonas grises. Virtudes que a veces pueden llegar a convertirse en defectos. Cosas que un día fueron blan-

cas y que con el paso del tiempo terminaron oscureciéndose: los sueños, la valentía.

Sacudí la cabeza y giré en una esquina a la derecha.

Llamé al timbre. Landon respondió y abrió.

Cuando terminé de subir las escaleras, él ya estaba esperándome apoyado en el marco de la puerta. Llevaba el pelo despeinado y la camisa remangada; pensé que estaba guapo y sonreí antes de lanzarme sobre él y abrazarlo con fuerza.

—Vaya entusiasmo... —bromeó.

—¡Voy a exponer tres obras! —grité.

—Carajo, cariño, no sabes cuánto me alegro...

Tragué saliva, con el rostro escondido junto a su cuello, odiando que hubiera dicho esa palabra que no me gustaba escuchar y que siempre le pedía que no usara.

«Cariño...» La seguía oyendo con la voz ronca de Axel. Con deseo. Con amor.

Abracé más fuerte a Landon, obligándome a dejar de pensar en otra cosa que no fuera la buena noticia. Le di un beso en el cuello y subí hasta encontrar sus labios suaves. Él cerró la puerta mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas. Nos movimos por su departamento hasta que me dejó caer en la cama. Lo miré mientras, de pie frente a mí, se desabrochaba la camisa.

—Vuelvo en un segundo —me dijo y, tras un par de minutos en los que oí ruido en la cocina, regresó con dos cervezas en la mano—. Pensaba que tenía una botella de champán, pero no. Tendrá que servirnos esto.

—Esto es perfecto. —Tomé el destapador y quité las corcholatas.

—Por ti. —Nuestras cervezas tintinearón al chocar—. Por tus sueños.

—Y por nosotros —añadí.

Landon me miró agradecido antes de darle un trago y terminar de quitarse la camisa. Se acostó a mi lado, en la cama, y me atrajo hacia él. Me besó. Me calmó. Me llenó. Enredé las piernas entre las suyas pensando que nada podría ser mejor.